

tinios habilísimos, doctos en teología, expertos en buenas letras, y dotados de punzante ironía, trazaban sátiras contra los padres del Concilio en el estilo de las célebres cartas de los varones oscuros y de la más célebre todavía clasificación de los monges glotones, sátiras que el Papa leía en el retiro de su hogar, en el comercio con sus comensales y amigos, desternillándose de risa. Si el obispo de Orleans era el jefe visible de la oposición, el jefe secreto era el padre Theiner. Gran desgracia para Roma: este hombre era un latinista consumado, un erudito diligentísimo, un teólogo profundo, que había tenido á su arbitrio los secretos del archivo Vaticano y había escrito á sus anchas la vida del Papa Clemente XIV. Y toda cuanta erudición le procuraran sus largos estudios y sus privilegiadas privanzas, empleábala en forjar á granel argumentos contra la infalibilidad de los Papas. Ahora mismo, en nuestro tiempo, acaba de morir el padre Theiner; y los alemanes acaban de llevarse sus manuscritos como la revelación más clara de las falsificaciones de Roma y como el ariete más poderoso contra su poder y su soberbia. Frente á frente de esta oposición, alzábanse los neo-católicos exagerados, los ultramontanos intransigentes. Tenían estos y tienen aun á su cabeza uno de los escritores más singulares del mundo, el célebre polemista Mr. Veuillot. Desde el primer día se propuso en el Concilio del Vaticano, emprender y terminar una obra contraria á la obra de Ira Paolo Sarpi en el Concilio de Trento, se propuso emprender y terminar una apología incesante. No busqueis en este escritor el dulce misticismo que eleva las al-

mas y las inunda de una luz semejante á la luz con que resplandecen las Concepciones de Murillo; no busqueis aquella profunda ciencia teológica, sazonado fruto de constantes y variados trabajos; no busqueis siquiera aquella caridad con que el verdadero pastor husmea el rastro de la oveja descarriada y la conduce en sus brazos al redil y al abrigo de la Iglesia. Veuillot es un satírico de primer orden, un descendiente inmediato de Luciano y de Voltaire, un polemista armado de todas armas, uno de esos escritores modernos que han nacido para encender los ánimos en grandes pasiones y para engendrar escándalos de extraordinario estrépito. Así es, que persigue con saña é inflige el castigo de su ironía con verdadero encarnizamiento á los opositores y enemigos de la infalibilidad del Papa. Leyendo sus páginas creéis leer un Sarpi ultramontano y jesuita; creéis asistir á las agonías de un mundo porque hay algo en su aere amargura de Juvenal, de Persio, de todos aquellos en cuyos lábios se dibujaba la cadavérica sonrisa de agonizante Imperio. Cuando leéis las obras de los filósofos, las críticas de los racionalistas, las bromas de los volterrianos ¡ah! no advertís tanto la decadencia de la Iglesia como al leer las apologías de Veuillot, sus cóleras reconcentradas, su odio universal, sus epigramas sangrientos, su terrible sarcasmo. Ese hombre, lejos de estar en las alturas serenas donde se levantan los poderes fuertes, lejos de tener la calma de los que esperan en la victoria de las causas seguras, ahulla como los naufragos en el diluvio universal, como los condenados en el supremo y último juicio.

CAPITULO XI.

LA LIBERTAD DEL CONCILIO.

Es de ver desde el monte Pincio el espectáculo de las cuatrocientas cúpulas engarzadas en bosques de cipreses; y es de oír el ruido de las mil campanas en los aires de la antigua Roma. En tres siglos no se había reunido un Concilio. Y nunca lo demandaban tanto las crisis supremas de la historia, la sed infinita del espíritu. Cuando se congregó el Concilio de Trento, apenas se reunieron los padres necesarios para constituir sesión; ahora, gracias á esa cultura moderna tan maldecida, gracias á los vapores y á los caminos de hierro tan criticados, gracias á los milagros de esos pueblos liberales y protestantes, setecientos obispos corrian de todos los extremos de la tierra y se juntaban bajo las alas maternas de la Iglesia. Coincidió con esta Asamblea de la Religión, que comunicaba más estrechamente las diversas comuniones católicas, otra Asamblea de la industria, que, abriendo con los esfuerzos de Hércules el Istmo de Suez, comunicaba más estrechamente también el Asia con Europa. La multitud de curiosos que buscan pasto á

su actividad en todos los sucesos extraordinarios y en todas las crisis graves lanzaban á la inmensa Basílica olas y más olas de encrespadas muchedumbres. Los guardias suizos, último resto de los antiguos y fieles perros de los reyes, nacidos y criados en el más republicano de los pueblos, se extendían desde el inmenso pórtico de la gran Basílica, donde se levanta la estatua de Constantino, hasta el sepulcro de San Pedro, estatua y sepulcro que son como los dos Polos de la fundación del Cristianismo. A la derecha la sala del Concilio en la extremidad septentrional del gran crucero. En el semicírculo del ábside una especie de teatro, en el cual se elevan sobre dos gradas las sillas de los cardenales, sobre seis gradas el trono del Papa como indicando que sólo queda de la Iglesia de Cristo la oligarquía y el absolutismo. Apenas se descubre allí perdida la tribuna, el sitio capital de una Asamblea. Y no hay lugar ninguno para los embajadores de las potestades civiles. Los ritos conciliares tienen indudablemente severa majestad. Á

las nueve las puertas de la Basílica se abren y la procesion maravillosa pasa bajo sus arcos eternos. En el *Veni Creator* que entonan á una todos los obispos parece como que se oyen las voces de todos los pueblos. Los eleros de las parroquias romanas encabezan la procesion y le siguen los monjes con sus trajes pardos, negros, blancos y azules. Despues vienen todos los obispos revestidos con sus capas pluviales y coronados con sus mitras. Entre todos se distinguen por su aspecto patriarcal, por sus luengas barbas, por sus capas multicolores, por sus relucientes mitras los obispos orientales; luego los cardenales penitenciaros, los cardenales del Sacro Colegio con su roja púrpura digna de la antigua Tiro; por último, en andas, elevado á las alturas, conducido como un ídolo, su tiara con las tres diademas en la frente, su báculo en las manos, el Papa, cuya alegría se retrata en su sonrisa, y cuya voz clara é intensa llena todos los ámbitos de aquel inmenso templo. La misa comienza y los coros de la Capilla Sixtina entonan aquellos cánticos sin ningun acompañamiento de órgano ni de orquesta que tienen toda la sublimidad de un himno protestante, y que llevan hasta el tuétano de vuestros huesos el suave calor de la inspiracion religiosa. Durante la misa los obispos van á besar de rodillas el anillo pastoral del Pontífice, y concluida la misa, este se levanta é invoca el Espíritu divino, diciendo estas ó parecidas palabras: «Hémos aquí, Espíritu Santo, en vuestra presenciá, donde apenas osamos aparecer á causa de la gravedad de nuestras faltas, y sin embargo, en vuestro nombre aquí nos congregamos. Venid á nos, acercaos á nos, penetrad en nuestros corazones, enseñadnos vuestra ciencia, moved nuestra voluntad, mostradnos la vía que debemos tomar y sed vos mismo el autor de nuestras obras.»

«Vos sólo inspirad, y formad nuestros juicios; vos que poseeis con el Padre y el Hijo el más augusto de todos los nombres. No

permitais que violemos ni en un ápice el derecho, vos que haceis de la justicia vuestro amor. Haced que la ignorancia no nos extravíe, que los favores humanos no nos ganen, que no nos doblen las consideraciones á las personas ni nos seduzcan sus presentes. Unios á nos por la efusion de vuestra gracia para que encontremos con vos una perfecta union y no nos separaremos jamás de la verdad. Tengamos, alcancemos, ya que estamos reunidos en vuestro nombre, en toda cosa ese justo medio en que se encuentra la piedad y la justicia. Que nuestros decretos no discorden de los vuestros y que podamos, en fin, despues de haber cumplido el bien aquí en la tierra á recibir la eterna recompensa allá en el cielo.»

La maravillosa voz de Pio IX, su místico ademan, la fé con que acentuaba las palabras, el resplandor de sus ojos, la transfiguracion de su semblante fueron tales, que hasta los más empedernidos y los más incrédulos creyeron ver el espíritu de Dios resplandeciente en los aires y su aliento creador penetrando en las almas. Despues una muda oracion se levantaba como extraño rumor, y tras la oracion la Letanía cantada, una estrofa por el coro de la Capilla Sixtina, otra estrofa por todos los obispos y por todos los asistentes al Concilio, que formaban cadencias semejantes al ruido del oleaje, al estruendo de la tormenta, á la voz del Universo. Despues la Asamblea se disuelve dejando en los ánimos indelebles recuerdos.

Pero en verdad que todas estas ceremonias no significaban otra cosa que la apoteosis del Papa. Este asociaba la Iglesia entera á su absolutismo personal, y felicitaba á los Obispos por perderse y disiparse en la persona de su jefe. El objeto principal era la infalibilidad, y la infalibilidad equivalia á la ruina de la Iglesia y á su trasformacion extraña en una sola persona. Todo estaba preparado para este fin. El Concilio no era una Asamblea de oradores, sino una reunion de cortesanos. La voz se perdía en aquella inmensidad. Las disposi-

ciones más raras habian sido tomadas, para que se extinguiera por completo. No habia debate como en los Congresos deliberantes. Los discursos se sucedian y no se contestaban mutuamente. El reglamento fué formado por el Papa, y de consiguiente la Asamblea despojada de una facultad esencial de disponer su íntima y propia organizacion. Todo el que legisla para los demás, todo el que tiene esta facultad superior, debe poder legislarse á sí mismo. La Bula de Reglamento indignó en tal manera á un Obispo húngaro que protestó contra ella, logrando sólo el ver desacatada su persona por miserables rumores, y ahogada su voz por los delegados del Pontífice. La iniciativa era nula. Ningun Obispo tenia el derecho de proposicion. El Papa habia nombrado por su propia cuenta la comision de proposiciones, compuesta toda ella de intransigentes ultramontanos. Una Asamblea sin facultad de proponer, es un mónstruo irrisorio. Sólo se dejó al Concilio la facultad de nombrar las comisiones secundarias y sobre todo la comision *de componendas*, destinada á conciliar los ánimos para que no se repitiese el espectáculo del concilio de Trento, en que por una cuestion dogmática dos Obispos se arrancaron mutuamente las barbas. Pero en ninguna de estas comisiones se admitió ni

un solo representante de la minoría. Las Congregaciones romanas, reunidas en los salones del Vaticano, deciden los asuntos que deben llevarse á las Capillas de San Pedro. Los Cardenales presidentes tienen poderes dictatoriales. Así toda la libertad es negada á los enemigos de las pretensiones pontificias. Los libros y los manifiestos que atacan la infalibilidad son prohibidos y arrojados al Índice. Mientras el Arzobispo de Malinas puede atacar al Obispo de Orleans, éste no puede defenderse. Aquella era una lucha en que los partidarios de la infalibilidad pontificia, tienen todas las armas, y sus enemigos, sólo tienen cadenas y mordazas. Los Obispos no pueden reunirse ni concertarse, y mucho ménos los Obispos de una sola nacion. A las barbas de los padres, á las puertas de la Asamblea, pega el Papa una Bula excomulgando con excomunion mayor á todos los que no asintieran á las doctrinas del *Syllabus*, lo cual era tanto como proclamar la inutilidad manifiesta del Concilio. Así no extrañaremos que su resultado haya sido una especie de cisma, y que una gran parte de los vencidos protesten todavía contra sus resoluciones. Desengañense todos los tiranos; el verdadero espíritu de Dios, está siempre en la verdadera libertad.